

RESEÑAS



A propósito de Juan Suriano, Anarquistas. Cultura y Política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910, Buenos Aires, Manantial, 2001

A diferencia del resto de las corrientes políticas de izquierda, el anarquismo de la Argentina ha despertado desde tiempo atrás un interés y una atracción que se ha plasmado en un importante volumen de libros y monografías. A las pioneras historias militantes y a las producciones académicas de investigadores locales y extranjeros, vino a sumarse ahora el libro de Juan Suriano. Pero a diferencia de los trabajos precedentes, la mayoría de los cuales se orientaron centralmente a desentrañar las relaciones entre anarquismo y movimiento obrero, el trabajo de Suriano dispone su mirada desde otro ángulo, de forma de componer en cierta medida un objeto diferente: es el anarquismo en su especificidad lo que busca analizar, y para ello elige como mejor camino el de reconstruir su universo político y cultural. Si bien ya existían investigaciones que atendían a algunas de las prácticas culturales del anarquismo local, faltaba tanto un estudio de conjunto de la cultura libertaria en la Argentina en su período de emergencia y apogeo como el examen y la interpretación de dimensiones hasta el momento inexploradas; de tal forma el texto de Suriano viene a llenar un vacío a la vez que a abrir nuevos terrenos para futuras investigaciones e interpretaciones.

Este desplazamiento en el enfoque permite a Suriano quebrar cierta imagen del anarquismo que —explícita o implícitamente— fuera abonada por la mayoría de sus historiadores: la de haber sido un movimiento que, más allá de un número acotado de diferencias, se caracterizó por su homogeneidad. A diferencia de esa noción ya común, el libro de Suriano permite al lector internarse en un mundo signado por la diversidad, lo cual devuelve al anarquismo una vitalidad que los tratamientos menos atentos a sus fisuras in-

ternas obturaron. Es esa misma heterogeneidad, surcada por controversias políticas e ideológicas que rápidamente se traducen en agrias disputas y luchas por la hegemonía al interior de un movimiento de imprecisas fronteras, la que el autor reconstruye con paciente minuciosidad. Para tal reconstrucción, el texto se distancia también de las historias aferradas al seguimiento cronológico de la evolución del anarquismo y, en cambio, opta por un abordaje temático. Este avance a través de las cuestiones que considera capitales del universo libertario es, paralelamente, una marcha entre problemas que permitan encontrar claves para explicar su apogeo en esas dos décadas que rodean al cambio de siglo tanto como elucidar el inicio de un declive que —afirma Suriano— desde el Centenario será ya manifiesto.

Entre esas claves cuenta una forma de constitución del movimiento libertario por medio de círculos. Estos círculos actuaron, en una primera etapa, como vehículos adecuados para el crecimiento del anarquismo, en tanto permitían una gran flexibilidad para actuar en ámbitos tan distintos como el laboral o el habitacional, a la vez que impulsar actividades relacionadas con el tiempo libre y el esparcimiento. Estas últimas constituyeron ámbitos propios de sociabilidad cultural libertaria: veladas, bailes, conferencias y teatro libertarios eran espacios en los participaban los trabajadores y sus familias, y eran motorizados por la militancia anarquista en sus intentos por alternativizar a aquellos otros edificados por la emergente industria cultural de masas tanto como para confrontar con las prácticas culturales populares que, como el carnaval, eran estigmatizadas desde los principios doctrinarios. Sin embargo, estas formas de organización en círculos se revelaron poco aptas no sólo para enfrentar la represión que el Estado asumió más claramente desde 1902, sino incluso para coordinar las actividades y las luchas de los propios anarquistas, lo que supuso mantener al anarquismo en un estado permanente de fragilidad, incluso aún cuando para ese momento los grupos

pro-organizadores habíanle ganado la pulseada a los anti-organizadores.

Una flexibilidad similar observa Suriano en el rechazo anarquista a las formas discursivas que apelaban al clasismo, optando en cambio por una prédica “universalista” condensada en la figura de “los oprimidos”, interpelación que le habría permitido “adaptarse perfectamente a una sociedad de carácter aluvial, excesivamente cosmopolita, con un mundo del trabajo heterogéneo y en continuo movimiento y transformación” (p. 81). Esta apelación populista, que implicaba necesariamente un elitismo que los escritores libertarios no ocultaban, pues conllevaba inculcar unos saberes que el propio sistema dominante se encargaba de negar a los sujetos de la revolución, contrasta paradójicamente con la discursividad propia de la prensa libertaria: ésta se caracteriza por ser casi exclusivamente una tribuna de doctrina e ideología, centrada en la difusión de las ideas generales del pensamiento anarquista a través de un lenguaje emotivo que “pretendía conmover al lector, llegar a sus fibras íntimas a través de frases cargadas de emoción, de dramatismo” (p. 193), pero con escasas preocupaciones por reflejar y analizar el contexto sociopolítico local, esto es, vincular los principios doctrinarios con las experiencias concretas de los sujetos interpelados.

Para Suriano esta preferencia por un discurso fundamentalmente “abstracto” se relaciona con el carácter binario de la prédica anarquista, que construía estereotipos polares y morales, mundos sociales absolutamente contrapuestos. Binaridad que abonaba la “categórica confrontación” que pretendía encarnar el anarquismo, y que le sirvió para expandirse en esa sociedad en rápida transformación y en ese clima políticamente restrictivo en el que tuvo su momento de mayor gloria. Y esto conduce a Suriano a interrogarse por los significados de la política para los anarquistas. Las descripciones que de la misma hacían los predicadores libertarios, ya sea como farsa o comedia, enraizaban en una concepción que identificaba

política y sistema político burgués, y el objeto de su crítica apuntaba a la representación, a la política como acto de delegación. Aun cuando “no renegaban de la acción política sino de las prácticas políticas representativas como el parlamentarismo y el electoralismo” (p. 272), la delegación implicaba una alienación de la libertad individual, una cesión que hacía del representante una autoridad (y por tanto implicaba dominación). Esta crítica de la política representativa empalmaba con la prédica antiestatal, una “concepción negadora del Estado, entendido específicamente como un ente coercitivo y autoritario”, concepción desde la cual “el anarquismo organizaría gran parte de sus prácticas sociales, políticas y culturales” (p. 259). Frente al Estado y la representación política, los anarquistas cifraban todas sus expectativas en la acción directa, una estrategia que incluyendo una diversidad táctica (entre las que contaban la propaganda pero sobre todo la huelga general revolucionaria) se proponía transformar el orden social sin las mediaciones del sistema político legalitario y parlamentario y sin la participación de las instituciones estatales, aprovechando el consenso en el movimiento obrero organizado.

Si la utilización sistemática de una práctica que se proponía como definitiva para el desenlace del conflicto social —y que por ello condenaba cualquier forma de gradualismo tanto como toda plasmación legislativa de las luchas sociales favorable a los trabajadores—, era expresión de la “urgencia revolucionaria” del pensamiento y la acción libertarios, tal concepción, afirma Suriano, los privó de una reflexión sobre las políticas inclusivas que el Estado impulsó desde poco antes del Centenario. He aquí otra de las cualidades que, sirviendo al crecimiento inicial de las filas libertarias, se transformó luego en obstáculo para su readaptación al nuevo clima político y a las nuevas situaciones sociales y económicas.

Todas estas dimensiones —y muchísimas más que el libro transita y analiza, como los ritos y símbolos libertarios o los debates en torno a las propuestas

educativas—, componen con eficacia una nueva imagen, heterogénea y compleja, del anarquismo argentino entre 1890 y 1910. En ese período el anarquismo fue un actor relevante en la construcción de “un espacio de sociabilidad pública donde los trabajadores pudieran expresarse y construir su identidad” (p. 255). Sin embargo, Suriano advierte que el arraigo anarquista, si sustantivo, también fue efímero, y las mismas causas que provocaron su crecimiento abonaron la explicación de su decadencia posterior.

Un hilo rojo recorre todo el libro: el individualismo libertario, expresado en formas organizativas descentralizadas y con tendencias a la continua fragmentación o en los discursos antiestatales y “antipolíticos”, parece ser la piedra de toque del auge y declinación del movimiento libertario. Este individualismo no habría estado a la altura de un conjunto de transformaciones que comenzaron poco antes de 1910: modificaciones en la estructura laboral, ampliación del sufragio, transformación de la relación entre Estado y sociedad civil, paulatina nacionalización de los trabajadores, descentralización urbana, fueron procesos que paulatinamente dibujaron otra trama societal en la cual el anarquismo no supo desenvolverse. Una situación que resulta parcialmente paradójica: esa reconfiguración identitaria de los trabajadores que Suriano señala para los años que seguirán al Centenario, y que paulatinamente le hará perder sus perfiles clasistas por la emergencia de nuevas problemáticas y ámbitos de sociabilidad (como la cultura barrial expresada en el fomentismo) no habría podido ser interpretada ni por un discurso policlasista con marcadas trazas individualistas ni por un amplio arco de prácticas culturales. Explicar esta situación paradójica es posible, en la argumentación de Suriano, si se atiende al carácter confrontacionista de la palabra y la práctica libertarias.

A un siglo de aquel momento que viera marchar por las calles de Buenos Aires a miles y miles de trabajadores y militantes portando con orgullo y esperanza sus banderas y entonando sus canciones de

combate, es preciso volver críticamente —productivamente— sobre las experiencias anarquistas. Aquellas prácticas como la horizontalidad, la preservación de las diferencias, la crítica a la representación, la organización en grupos de afinidad, la sensibilidad frente a las distintas dimensiones de la opresión y la explotación, resurgen hoy —es cierto que con innumerables aportes teóricos de por medio— en las experiencias de muchos de los grupos de la Resistencia Global, conocedores ya de que las preceptivas “centralizadoras” y partidarias demostraron tener poca relación con las políticas emancipatorias. Rescatar aquellas experiencias libertarias es saber, por un lado, que muchas de sus intuiciones y perspectivas fueron derrotadas por lo que tenían de radicales, y que la radicalidad residía más que en sus encendidos discursos en sus prácticas político-culturales. Es saber, por otro lado, que su derrota no debería transformarse en su abandono.

Roberto Pittaluga